



**U**ltimados los preparativos y con elevada moral, se prepararon para iniciar su viaje al mundo de las Nereidas. Pichín sentía la imperiosa necesidad de agradecer los dones recibidos, pero también ansiaba aprender y conocer más del mundo de estas hadas bienhechoras.

El caballo, 'Alado', se encontraba restablecido y ansioso por favorecer a su

salvador de alguna forma y que mejor que ayudarle a que este cumpliera su deseo.

La mañana calma y con un sol fulgente, comenzó a inundar de dorados rayos el horizonte, era el momento. Pichín se subió a lomos del caballo volador y este con un fuerte impulso y batir de sus alas, se elevó hacia las alturas.

'El tomate Parlanchín' a pesar de su fama de persistente hablador permanecía

mudo, apenas podía decir nada, aferrado a las blancas crines del caballo veía menguar los bosques y prados por debajo de él y todo parecía como un inmenso cuadro pintado con mil colores cada vez más distante.

Llevaban un buen tiempo volando, cuando de repente se adentraron en una zona en la que aparecía un paisaje totalmente blanco, sin embargo no eran montañas nevadas ni hacía frío, el viento más bien era cálido y la temperatura iba en



aumento, bajaron un trecho y observaron unas elevadas dunas blancas que se extendían en la distancia hasta perderse en el horizonte, el cielo tomaba un intenso tono púrpura que al reflejarse sobre el suelo, se convertían en un falso color ámbar.

Visiblemente fatigado 'Alado' le manifestó a su amigo:

- Pichín, me siento extenuado, este viento en contra es pesado y se hace difícil avanzar.-

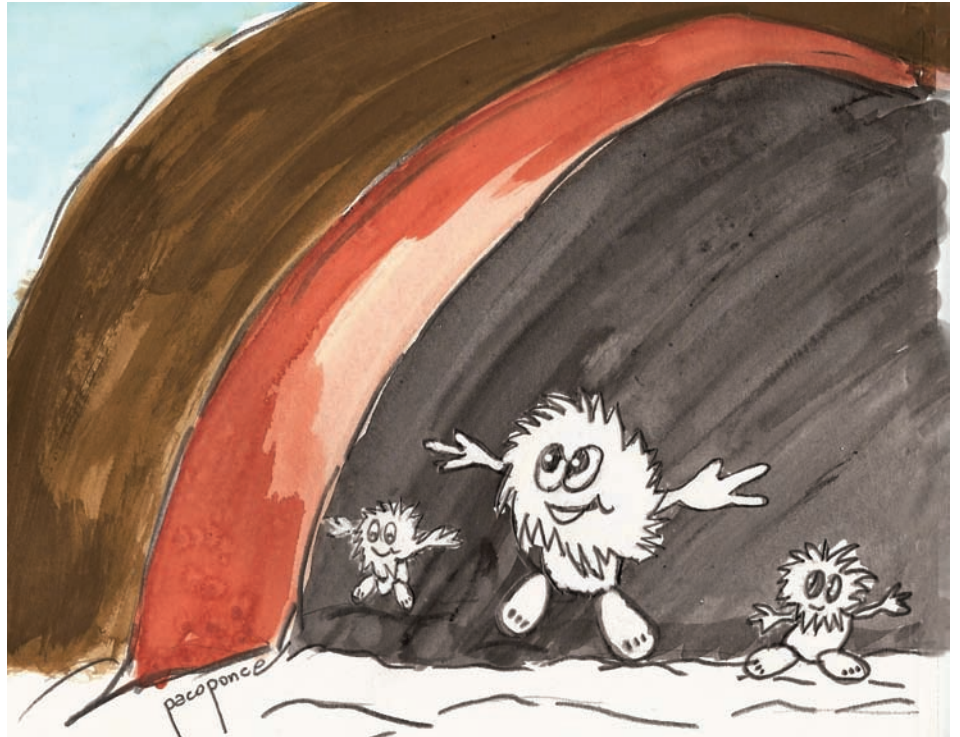
Mientras hablaban ambos sintieron como unos diminutos pero hirientes granos de sal les impactaban con fuerza.

- Debemos guarnecernos.- le indicó Pichín - una fuerte tormenta de sal se aproxima y no podrás volar, cambiemos el rumbo hacia la izquierda por donde aparece ese claro en el cielo.-

Así lo hicieron sin saber que aquello que en apariencia parecía una zona más despejada no era sino el núcleo central de la tormenta. La tempestad desatada sobre las extensas dunas salinas elevaba una nube asfixiante. La desesperación hizo presa en Pichín que se acusó a sí mismo por la situación además de poner en peligro la integridad de su amigo el caballo 'Alado' que daba signos de verdadero agotamiento. Tomaron la decisión de bajar al suelo fuese lo que fuese, lo que allí encontraron.

Cuando alcanzaron aquella inhóspita superficie, lograron guarnecerse al abrigo de una roca, de las pocas que pudieron encontrar. Por fortuna pasada unas horas se apaciguó la tormenta de sal y una intensa y silenciosa quietud les invadió. Pichín, turbado y afligido se apoyó sobre el cuello del caballo para sentir su compañía y recibir la calidez de su cuerpo, ambos se durmieron.

Cuando despertaron se vieron rodeados por unos veinte pequeños hombrecillos que les observaban, eran seres de apenas medio metro de altura que se asemejaban a muñecos de algodón, en realidad eran de sal y se movían con lentitud. Un nuevo grupo de estos personajes se les acercó, Pichín y 'Alado' advirtieron por sus



gestos que les pedían que les siguieran y así lo hicieron.

Despacio caminaron un corto trecho, atravesaron unas cuantas rocas como las que les había servido de cobijo, hasta que alcanzaron una de gran tamaño con un orificio en su base a modo de puerta por la que 'Alado' apenas cabía y entraron a una gran sala iluminada por infinidad de antorchas que proporcionaban luz y calor.

En medio de su asombro y curiosidad pudieron escuchar una estridente música de fanfarria anunciando la presencia del "Gran Sal" curiosamente era el hombrecillo de aspecto más reducido de los que habían aparecido hasta entonces. Acercándose les dijo:

- "Estáis en el reino de las "Almas Saladas" somos un pueblo en peligro de extinción, pues la lluvia y la humedad en los últimos lustros están destruyendo una gran cantidad de habitantes".

Luego supieron que estos hombres y mujeres, vivían en una zona en la que los últimos años el clima había experimentado un cambio extraño y de ser seco y caliente

había pasado a húmedo y lluvioso, lo que les obligaba a permanecer dentro de esa gran gruta bajo tierra donde ahora se encontraban.

El "Gran Sal" tomándoles por semidioses, les imploró que hicieran algo para evitar ese desastre y Pichín entendiéndolo que podía ayudarles y que quizá la fuerza de su propio destino le había empujado hasta allí, les pidió que con él, salieran todos fuera del recinto, sacó la piedra roja y frotándola tres veces sobre el suelo, solicitó la ayuda de las Nereidas.

De inmediato, originando un leve susurro, se elevaron millones de pequeños cristales de sal semejante a varias gigantescas cortinas, que fueron formando una enorme cúpula que se perdía en el horizonte. Amparados por esta prodigiosa bóveda transparente podrían salir al exterior sin miedo pues estaban protegidos, tan solo se les imponía una obligación, que trataran su entorno ambiental con respeto, de esta forma con el tiempo podrían conseguir que el clima originario se restableciera.

Asombrados, todos aclamaron a Pichín,

